

PARADOJAS Y ESPEJISMOS DE LA HISTORIOGRAFIA CHILENA CONTEMPORANEA (1920 - 1950)

Armando de Ramón*

La historiografía chilena, nacida durante el curso del siglo XIX gracias al impulso dado por Andrés Bello, con la paciencia y minuciosidad de Barros Arana, Amunátegui y otros, entró al siglo XX llena de esperanza y buenos auspicios.

Estos se justificaban sobradamente gracias a la labor y al titánico esfuerzo realizado por los investigadores, coleccionistas, archiveros y bibliófilos. José Toribio Medina, Tomás Thayer Ojeda, Luis Montt y tantos más, habían recopilado las fuentes materiales del pasado en los archivos extranjeros y clasificado aquellas que yacían en los depósitos chilenos. Hacia 1930, se encontraban a disposición de los estudiosos los datos fundamentales y necesarios para emprender propiamente la tarea de revisar y reescribir la nueva Historia, de situar a Chile y a su desarrollo en un marco geográfico más amplio y natural, de abandonar el estéril provincianismo y, lo que era también importante, de abordar la tarea de especialización inaugurando una nueva etapa que permitiría continuar y vigorizar la obra ya iniciada.

No obstante y salvo escasas excepciones, esta esperada nueva etapa no tuvo por entonces cultores que se ocuparan de ella.

Los hechos significativos

La paradoja se presentó en numerosos frentes. Primero fue el hecho de que la mayoría de los estudiosos cuyos nombres comenzaron a surgir desde

1900 en adelante, se encandilaron con la inmensidad de los datos acumulados. No hubo paz en sus espíritus porque no creyeron tener tiempo, ocupados como estaban en recorrer los innumerables vericuetos de la historia política, deslumbrados con los detalles, apasionados con el descubrimiento de circunstancias y acontecimientos cuyas minucias les permitían rectificar alguna fecha o algún pequeño incidente sobre el cual los historiadores precedentes no habían reparado.

Luego sucedió que el atractivo del derivar cronológico se hizo presente con tal fuerza, que impidió cavar más hondo. Las peripecias de la guerra de Arauco, la crónica urbana desde los fundadores de una localidad hasta las anécdotas pueblerinas, la historia de alguna hacienda chilena del valle central analizada a través de las biografías de sus propietarios, amenizado todo con datos genealógicos y sucesos insignificantes, todo fue estudiado con meticolosa y seca erudición. Sólo al promediar el siglo XX, apareció una reacción saludable y surgieron algunos estudios más profundos de historia especializada.

Parece que el problema ha radicado, en lo fundamental, en aquello que ha entendido la mayoría de los historiadores chilenos por hecho significativo de su ciencia y, por ende, en lo que merece ser destacado como valioso para orientar sus estudios. De aquí ha derivado la motivación que puede ofrecerse a los lectores y también a los aprendices. Si los hechos que parecieron relevantes a nuestros antecesores continúan siendo presentados tal como fueron apreciados entonces, no habrá so-

* Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile.

lución satisfactoria para las preguntas que se hacen en nuestro tiempo. Se puede llegar a transformar así en novedad perenne, lo que fue sólo una perturbación en el transcurrir de la vida de un conjunto de hombres. A lo sumo podrá entretener. Pero será como sacar las venerables piezas de los museos para que traten de cumplir el papel que tuvieron o se les atribuyeron en épocas ya diluidas. Ciertamente, trocaremos la Historia por un desfile de fantasmas cuyo sentido se ha borrado o deformado totalmente en la memoria de nuestros contemporáneos.

Puede ocurrir que estas observaciones, tan obvias para muchos, parezcan innecesarias en este lugar puesto que ellas han sido discutidas, desde hace ya muchos años, en otros países y a diversos niveles. Con todo, es preciso situarse en el medio en que estas ideas se expresan, en el lugar y en el tiempo en que es imperativo motivar la polémica enriquecedora o el debate vital.

Los tres grandes de la historiografía chilena

Pero hubo en la primera mitad de este siglo, tres historiadores chilenos que trascendieron el horizonte local y buscaron nuevos hechos significativos, procurando situar la realidad pasada en una síntesis histórica globalizante, explicativa del camino y del sentido del ser nacional.

Nos referimos a Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina y Jaime Eyzaguirre, todos ensayistas de brillante y fácil pluma, dotados de selecto y curioso espíritu, los tres amenos y sugerentes. Parecieran ser los artifices de la visión histórica del desarrollo chileno que hoy es corriente entre la población del país que se estima con alguna inquietud de tipo cultural. En su tiempo, lograron desatar la polémica dentro de los medios académicos pero, al grueso del público, sus conclusiones llegaron liberadas del peso de la duda científica, de las objeciones y de las discrepancias propias de un ambiente intelectual más refinado.

Para ellos, el hecho significativo no fue ya el acontecimiento o el dato curioso, aunque muchas veces incursionaron entre los detalles. Sus rectificaciones tocaron más bien a la interpretación que los historiadores habían dado hasta entonces al conjunto de los sucesos de la Historia de Chile. Por lo tanto, hecho significativo llegó



Prioridad a los valores del espíritu

a ser para ellos el espíritu que animó a los principales protagonistas o al pueblo que éstos regían, las influencias que recibieron, el ambiente que los rodeaba, las fuerzas y motivaciones que los empujaron, sus pasiones y su carácter. De este modo, los acontecimientos dejaron de ser predominantes en la interpretación histórica y se convirtieron en consecuencias, efectos o resultados de todo un conjunto de circunstancias relacionadas con la psicología o con el pensamiento de los actores y de su siglo. Arriesgaron, de este modo, hacer prevalecer lo subjetivo sobre lo objetivo, destacar la propia personalidad y las inclinaciones del autor antes que la figura y el contorno de los protagonistas reales y los sucesos en que se vieron involucrados. Arriesgaron, también, la posibilidad de crear una imagen distorsionada del pasado. Quizá, a causa de esto mismo, llegaron con sus ideas a todos los rincones: Edwards con su *Fronda Aristocrática* (1928), Encina con *Portales* (1934) y Jaime Eyzaguirre con *Hispanoamérica del dolor* (1944) y *Fisonomía Histórica de Chile* (1947).

No pretendemos decir que estos tres autores constituyeran una "escuela" histórica. Posiblemente cabría poner a un lado a Edwards y a Encina como contemporáneos que participaron de una común preocupación política por la muerte del viejo Chile decimonónico, y de una también común nostalgia por los valores y realizaciones de

aquella fenecida República. Eyzaguirre, en cambio, trasladó su evocación más allá del siglo XIX llegando hasta los orígenes de la epopeya conquistadora, buscando la "raza ecuménica", los "caballeros del valor" y el "crepúsculo de la caballería", reminiscencia del pensamiento tradicionalista español, buceando en los tiempos de Valdivia, Villagra, Hurtado de Mendoza y los Catorce de la Fama.

Edwards y Encina y también Eyzaguirre, aunque en menor grado, tendieron a exaltar la Primera República¹ que otros llamaron Portaliana, su auge hacia 1850 y su decadencia en 1900. Por contraste, lograron también presentar una imagen deprimida de la Segunda República surgida de la Constitución de 1925 y estabilizada por 41 años a partir de 1932. Edwards y Encina, a diferencia de Eyzaguirre, vibraron en una misma cuerda, creyeron influirse mutuamente, llegando Encina a afirmar que las ideas de su colega, expuestas en la "Fronza Aristocrática", fueron sugeridas o discutidas con él antes de ser escritas². Ambos reconocen el aporte del pensamiento de Spengler en su *Decadencia de Occidente* y sacan de ella muchos de sus términos, de su lógica y de sus juicios. La decadencia chilena les pareció cosa manifiesta y evidente y su pesimismo se hace notorio, en especial cuando verificaron, según ellos, el progresivo derrumbe del edificio construido por el ministro Portales y algunos de sus sucesores.

Hacia la síntesis interpretativa

Jaime Eyzaguirre, en cambio, si bien hace suyas muchas de las afirmaciones de los anteriores en lo que se refiere a la arquitectura institucional y espiritual del Chile decimonónico, reconoce sin embargo sus fuentes en otros lugares.

¹ Llamamos Primera República, a aquella que se inicia con la Constitución de 1833 y llega hasta 1924. La Segunda, es para nosotros la que se inició con la Constitución de 1925, se consolidó durante la segunda administración de D. Arturo Alessandri y terminó cuando promediaba la administración del Dr. Salvador Allende en 1973.

² Dice Encina: "Finalmente, las ideas básicas de este libro, fueron espontáneamente brindadas a los intelectuales con quienes tuve contacto con el propósito de que escribieran el libro que yo no pensaba escribir. D. Alberto Edwards, admirador político de Portales, pensó hacer un estudio serio de su personalidad y de su influencia histórica. Entre los años 1910 y 1916, le insté a que realizara su propósito; pero distraído en distintas direcciones, nunca se contrajo a la tarea. Años más tarde, utilizó de paso algunas de las sugerencias. Este hecho, unido a la circunstancia de que tenía sobre Portales, por intuición, algunos conceptos que calzaban con los míos, me ha movido a reemplazar en el texto, a veces, la redacción de mis notas por la de Edwards, sin perjuicio de rectificar inteligencias erradas que dio a algunas de las sugerencias" (Portales, vol. I, pág. 18).

Los aventajó también, en amenidad y sensibilidad. Proyectó su pensamiento hacia el área más extensa de Hispanoamérica y proporcionó una interpretación que comprendía a Chile en forma más cabal dentro del contexto del Mundo Occidental. Tuvo también la ventaja, ausente en los dos anteriores, de poder proyectar hacia la docencia todas sus ideas y animar a numerosos alumnos con la visión que proporcionaba del desarrollo histórico, entregando un sentido fácil de captar y entender por sus oyentes. Pudo también usar una cátedra más amplia, gracias al Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Católica de Chile, entonces en funciones, y desde allí impartir numerosas conferencias para un público heterogéneo, pero que se sentía cautivado por la palabra elegante y cálida del expositor. Llegó a todas partes del país en persona, merced a las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile y lo escucharon en Arica y en Punta Arenas. Recorrió América y Europa varias veces y fue oído en Buenos Aires, Lima, Caracas, Madrid y otras ciudades. Finalmente, accedió a la cátedra de Historia Constitucional en la Universidad de Chile, donde pudo hacerse oír de sus adversarios. Fue, en consecuencia, lo que debe ser un hombre de pensamiento que busca su realización a través de la expresión oral o escrita, reiterada a muchos y diversos públicos conservando para sí uno muy selecto; fue lo que tal vez hoy llamaríamos un estimulador intelectual, aquel que anima y activa a sus oyentes y lectores, el que los hace pensar sin exigirles necesariamente el asentimiento o el consenso. Fue no sólo el que muestra el pasado, sino aquel que hace hablar al presente, siendo la Historia el medio que le permite expresar mejor la inquietud del momento, y también el bálsamo para quien tiene ansiedad por lo que ocurre en torno suyo, y acicate para los que discurren sobre el porvenir.

No había tomado su inspiración de Spengler. No lo tocaba el pesimismo sino la esperanza. Para él, el futuro de Chile, aunque no predecible, era un camino de duda y optimismo, puesto que ya había sido vislumbrado por sus artistas y poetas: "esos recónditos y genuinos acentos telúricos, jamás oídos en el lenguaje español, que los líricos han lanzado a la evidencia, suenan como anticipaciones de una voz que lucha aún trabajosamente

por abrirse paso entre sombras de desengaño y muerte, y luces señeras de afirmación y vida"³. Estas hermosas frases mostraban ya su madurez, iniciada difícilmente a los quince años de edad con abundantes lecturas de Donoso Cortés, Menéndez y Pelayo, los integristas católicos y los tradicionalistas españoles⁴. Pero fue la realidad del Continente la que tocó de cerca su sensibilidad y le permitió situarse en una perspectiva más real que la que podían darle aquellos viejos maestros españoles que escribieron para otro contexto, otra época y otras emociones. Ya en 1942, había centrado su preocupación en el porvenir de América, de nuestra América, la de raíz india, española y portuguesa, dispersa y dividida, envilecida, por muchos de sus hijos, desfalleciente y enferma; "Iberoamérica agoniza oprimida por un inmenso complejo de inferioridad. Muy metido lo llevamos en la sustancia y muy fomentado por intereses extraños que desean mantenernos siempre en la misión pasiva y gris de tierra de sometimiento y explotación"⁵. Aunque todavía recuerda a Maeztu y a su "Defensa de la Hispanidad" aparecida ocho años antes en Madrid, se observa sin embargo una notoria toma de conciencia en un ambiente para el cual sus contemporáneos no poseían otra visión que la que daba el Panamericanismo, y en un medio que consideraba a Chile una excepción dentro del Continente por su armonía social, la homogeneidad de su raza y la solidez de sus instituciones. Jaime Eyzaguirre, en cambio, dejó de ser él pensador provinciano, de escaso vuelo, y comenzó su ascenso espiritual a través del desarrollo de una auténtica vocación y de una fuerte personalidad, con clara conciencia de su misión. Es decir, alguien distinto, respetablemente distinto, que se dirigía con la voz y la pluma a los demás, mostrándoles lo que entonces era difícil de ver a simple vista.

³ Eyzaguirre: *Fisonomía Histórica de Chile*, pág. 162. Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

⁴ En 1925 vibraba su pasión juvenil y la exaltación propia de aquel que da una primera mirada al Mundo. "Aquellos —dice— que con más ahínco clamaban por la libertad, igualdad y fraternidad, se saciaron con la inocente sangre de miles de sacerdotes y fieles. La Iglesia Católica era el único dique que detenía a aquel mar inmenso de corrupción y una vez destruido, ese torrente de inmundicia se desbordó para inundarlo todo y ahogar en su seno los restos aún subsistentes de la ya fenecida moral. Tal fue la obra de la revolución francesa que deshizo en unos cuantos años la acción benéfica del Cristianismo" ("El Cristianismo y la Civilización". En *Memoria de la Academia Literaria del Liceo Alemán*, año 1924. Santiago, Imprenta Universitaria). Este párrafo recuerda muy de cerca las exageradas aseveraciones de Donoso Cortés (vid. especialmente "Las reformas de Pío IX" en *Pensamiento político hispanoamericano*, pág. 207, No 12. Buenos Aires, 1965).

⁵ Eyzaguirre: "Iberoamérica, continente de comparsa". En *Chile en el tiempo*. Ed. Nueva Universidad. Santiago s/f. pág. 9.

De aquí en adelante sus ensayos más brillantes se basarán en dos definiciones, para él fundamentales: tradición e hidalguía. La primera se constituiría por la transmisión de lo perdurable, de "lo que supera la fugaz circunstancia, lo que no es epidermis sino entraña, lo que no es detención sino dinamismo", lo que "no es una nostalgia sino una esperanza"⁶. Hidalguía será "más que una raigambre genealógica, una herencia de bien que hay que actualizar permanentemente con los hechos", que obliga a vivir limpiamente, que significa "un proceso moral en perpetuo movimiento, que camina de generación en generación y que se pierde con la falta de cultivo"⁷.

De estas definiciones fluirá su interpretación sobre el alma colectiva del chileno. Según él, la tradición nos indicará como propio del ser nacional el "sentimiento de independencia y libertad"⁸, tradición que nos acompañará desde los hechos y gestos de los primeros cabildantes coloniales hasta la República en todas sus fases; respeto al orden jurídico y a la ley "como un principio eterno de justicia que debe adaptarse analógicamente a las necesidades de los tiempos"; "apertura al diálogo y respeto entre los discrepantes" lo cual, a su juicio, "ha constituido la piedra angular de la convivencia pacífica" y ha llevado a que la tradición chilena constituya "una feliz conjunción del sentimiento de independencia, del culto al derecho y del respeto a la persona"⁹.

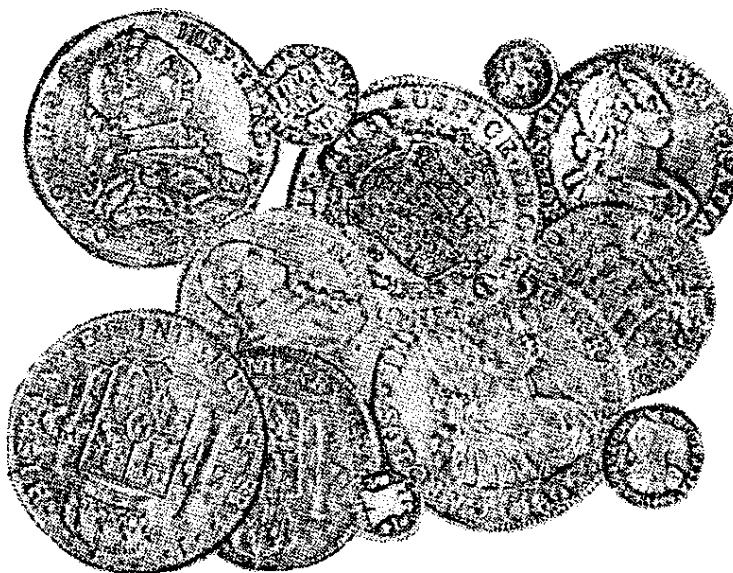
Esta caracterización la une y entrelaza, con gran acierto, a su definición de la hidalguía, en especial cuando la contrasta con la del hombre moderno, que sirve hacia afuera a través de la buena exterioridad y los finos modales. "Para ser *gentlemen*, hay que saber ganar, no importa al precio de qué recursos, con tal que éstos —cuando moralmente vedados— permanezcan ocultos". Para el hidalgo tienen en cambio prioridad los valores del espíritu; no así para el *gentlemen* "engendro de la edad capitalista" cuya "lucha es por el acicate de la utilidad... por la búsqueda anhelante de la posesión especuladora de esas riquezas que le darán más prestancia y bienestar". Este llegaría a convertirse en un mercader, mien-

⁶ Eyzaguirre: *Hispanoamérica del dolor*, pág. 21. Editorial Universitaria. Santiago, 1969.

⁷ Eyzaguirre: *Fisonomía Histórica de Chile*, pág. 15.

⁸ Eyzaguirre: *Hispanoamérica del dolor*, pág. 21.

⁹ *Ibid.*, pág. 22.



¿Chile, triunfo del dinero?

tras que el hidalgo continuará siendo un señor. Y agrega: "porque propio es del mercader el saber ganar; y propio, en cambio, del señor, el saber perder"¹⁰.

Aquí está, para él, la auténtica postura del ser nacional, empapada en su tradición y en su señorío frente a la adversidad, al drama y a la catástrofe. Por eso no propicia ni el silencio ni la resignación sino más bien, y en consonancia con sus principios, predica la protesta, la denuncia, el coraje, la superación de la caída. "Nos duele Chile, la patria chica. Nos duele Hispanoamérica, la patria grande. Y callar parecería consentir en una muerte que rechazamos" porque debemos entregar "con pasión amorosa, el desnudo testimonio"¹¹.

El espejismo de la vieja República

Edwards y Encina, en cambio, al tomar al ministro Portales como la piedra angular de toda su interpretación nos entregaron una visión de Chile que difiere en gran medida de la de Eyzaguirre en sus aspectos conceptuales. El hidalgo no aparece por ninguna de sus páginas; al contrario, creen que la sociedad chilena se formó sobre la base de estirpes de mercaderes y hombres de trabajo, con pocas generaciones de figuración social,

pero que habían absorbido o desplazado a los descendientes de los conquistadores. Ellos dominaban al país económica y socialmente hacia 1810, y constituían una aristocracia mixta "burguesa por su formación, debida al triunfo del dinero, por su espíritu de mercantilismo y empresa, sensata, parsimoniosa, de hábitos regulares y ordenados, pero por cuyas venas corría también la sangre de algunas viejas familias feudales"¹². Encina, por su parte, agregará que "el elemento castellano-vasco, refundido con gran rapidez, al aflorar el siglo XIX, forma una aristocracia gobernante, dentro de la capa española superior. Pobre de imaginación, pesimista, seco intelectualmente, domina sin contrapeso al meridional andaluz, por su buen sentido, su laboriosidad regular, su economía, su concepción de la vida y su carácter más firme y tenaz"¹³.

Tampoco aparece la tradición, al menos en la forma desarrollada por Eyzaguirre. Atribuyen el orden político posterior a 1833 como "la restauración de un hecho y un sentimiento que habían servido de base al orden público durante la paz octaviana de los tres siglos de la Colonia; el hecho, era la existencia de un poder fuerte y duradero, superior al prestigio de un caudillo o a la fuerza de una facción; el sentimiento, era el respeto tradicional por la autoridad en abstracto, por el poder legítimamente establecido con independencia

¹⁰ Eyzaguirre: *Fisonomía Histórica de Chile*, pág. 17.

¹¹ Eyzaguirre: *Hispanoamérica del dolor*, nota preliminar.

¹² Alberto Edwards: *La Fronda Aristocrática*. Pacífico, 7ª edición, pág. 16, Santiago, 1972.

¹³ Francisco A. Encina: *Portales*, vol. II, pág. 199. Santiago, Nascimento, 1934.

de quienes lo ejercían. Su idea era nueva de puro vieja: lo que hizo (Portales) fue restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico, que ello habría sido ridículo o imposible, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones"¹⁴. Para Encina, los problemas que debió solucionar el Ministro fueron tres: consolidación material del orden el cual debía ser impuesto por la fuerza, aunque fuera momentáneamente; inventar una forma de gobierno que conviniera sociológicamente a la estructura del pueblo chileno y a su grado de desarrollo; y crear un sistema de ideas-fuerzas capaces de crear una nueva alma nacional que reemplazara a la que murió con la Colonia¹⁵.

Para estos autores, pues, el punto de partida del Chile republicano queda centrado en esos principios de orden político; su posterior desarrollo dependería de la mayor o menor fuerza y eficacia que lograra mantenerse. Se explicará así el suceder de la Primera República Chilena por el éxito del genial Ministro en armar este edificio, por la fidelidad e inteligencia de sus sucesores en mantenerlo durante largos años, y por la cohesión nacional que se logró en torno a este esquema político.

La decadencia de esta construcción podría también explicarse siguiendo las mismas pautas. En la medida que aquellas "ideas-fuerzas" fueron perdiendo vigor, también Chile vio diluirse su integridad espiritual y su estatura en el concierto de los pueblos americanos. Edwards es terriblemente cáustico y notoriamente pesimista para juzgar los despojos de la vieja República hacia los años veinte de este siglo y vuelca su irritación hacia todas las clases sociales. Expresa que "ha surgido en el seno de las sociedades civilizadas el proletariado, es decir, el pueblo, desprovisto de los sentimientos hereditarios y tradicionales de la cultura y que no obedece ya, como los burgueses mismos, sino a instintos materialistas de goce y dominación"¹⁶. Y continúa disparando contra el resto de la sociedad chilena: "las viejas aristocracias ennoblecieron la espada, porque eran clases a la vez guerreras y políticas. La burguesía, con su desdén israelita por todo lo que no es oro o lo

produce, con la cortedad mercantil de su visión social, ha estado muy dispuesta a no ver en los militares sino 'asalariados de uniforme'. Este y otros fenómenos análogos, muestran a las claras que nuestra aristocracia, aun la más feudal y campesina, debió sus blasones, no a las cruzadas, sino al mostrador"¹⁷. Ya no éramos, para Edwards, la comunidad deferente, es decir "sumisa y disciplinada, respetuosa del poder y de las jerarquías sociales"; no éramos tampoco los "ingleses" de América¹⁸.

Encina, que lo sobrevivió largos años y que conoció otras realidades, no fue menos duro ni menos pesimista sobre las consecuencias que habían traído la muerte de la Primera República y el surgimiento de la Segunda. Dice: "igual complejidad ofrece el período que se abre en 1920. El elemento andaluz meridional se adueñó del poder en alas de una racha de odio contra la "oligarquía" (el castellano-vasco) con la cual antes había convivido y aun refundidose a medias. Una especie de chispa eléctrica descompuso el cuerpo de la minoría gobernante en sus elementos primitivos y precipitó al uno contra el otro. Pero el fenómeno venía preparándose desde muy antiguo y fue la resultante del conjunto de procesos que hemos pasado revista". Y termina diciendo: "más adelante, al cerrarse el período del fugaz predominio del elemento andaluz, constatará el historiador, asombrado, la trascendencia de un hecho muy conocido, al cual ni él ni sus predecesores dieron importancia. Todos habían visto que la civilización chilena no es, como la yankee, un mugrón de la occidental, sino un injerto de púas ibéricas en patrón aborigen; pero nunca sospecharon que el injerto podía perder un día su vigor y lozanía. Y al buscar las causas del fenómeno, advertirán que mientras las púas debilitaban su vitalidad en una lucha biológica entre ellas, el patrón echó retoños vigorosos"¹⁹.

El río de la Historia

En 1961, la Academia Chilena de la Historia, publicó un comentario de uno de sus miembros donde, a propósito de la incorporación de un nuevo académico, verificaba: "nuestra Academia

¹⁴ Edwards: op. cit., pág. 47.

¹⁵ Encina: op. cit., II, 215.

¹⁶ Edwards: op. cit., pág. 274.

¹⁷ Ibid., pág. 276.

¹⁸ Ibid., págs. 274 y 275.

¹⁹ Encina: op. cit., II, 361 y 363.

observa —no sin preocupación— cómo, por razones complejas, el Chile del pasado siglo que fue llamado país de historiadores cuando contaba sólo tres millones de habitantes, ahora que casi los triplica, no ha mantenido un ritmo proporcional en esta materia y parecería que las nuevas generaciones derivaran sus preferencias intelectuales hacia la poesía, la novela o el teatro”²⁰.

Tomando en cuenta el origen del comentario, nos parece que éste no se refería a la ausencia de una revisión historiográfica cabal y profunda, ni menos a la falta de una adecuada especialización en los términos expresados al principio de este artículo. Sólo anotaba el hecho, para él desolador, que las nuevas generaciones “por razones complejas”, orientaban su quehacer intelectual hacia otros rumbos muy diferentes.

Pudo explicarse este retraimiento como el cansancio que producía tanta obra historiográfica editada hasta ese momento y casi siempre sobre los mismos temas. Pero esta fácil respuesta, precisamente por serlo, habría ignorado el hecho de que existían otros temas y otros enfoques. Especialmente otros enfoques.

Otros podrían decir que el curso cronológico de la Historia ya había sido remontado varias veces por curiosos exploradores y que, cada uno de sus detalles había sido conocido y estudiado con creciente dedicación. Las síntesis interpretativas parecerían buenas y definitivas; las obras de detalle, eruditas y abundantes. De este modo, sólo cabía a las nuevas generaciones, si alguno de sus miembros se resignaba a realizar la enésima exploración, intentar la empresa sólo para rectificar o descubrir alguna increíble minucia que se había escapado a quienes lo visitaron antes, pero sin

añadir nada esencialmente nuevo a lo ya conocido.

El río de la Historia, usando una feliz comparación de Lucien Febvre²¹, estaba así ya domesticado, y cabía esperar que los aventureros con vocación no tendrían ya interés en remontarlo. Sólo quedaban, entonces, por una parte los guardianes y vigilantes de esta armoniosa obra y, por la otra, los lectores, nuevos turistas, que emprendían la travesía mediante un cómodo *tour* que les permitía gozar de la tranquilidad brindada por el paulatino y sugerente ir de una corriente que ya no era, pero que mostraba su espejo sereno y estancado e invitaba a emular y a conservar aquella ordenada y aparentemente lógica visión.

Tal vez esta metáfora pudo ayudar en aquel entonces al académico citado, como explicación frente al retraimiento de las nuevas generaciones que prefieren viajar por su cuenta y de donde surgen pocos clientes para aquellos *tours*. Posiblemente y siguiendo la imagen que hemos utilizado, si se lograra hacer caer sobre el apacible río de la historiografía chilena algunos afluentes que lo engrosaran turbando su inmovilidad, o se deshicieran las obras materiales construidas con tanto empeño durante medio siglo, y reaparecieran los rápidos, los saltos y los pasos difíciles, sin duda el río recuperaría su verdadero rostro y volvería a ser atractivo para los hombres con audacia, aventura y talento. Acaso entonces sobrarían quienes quisieran remontarlo y enfrentar sus peligros, a fin de observar los aspectos antes ocultos y desconocidos de un raudal en nada semejante a lo hasta entonces observado.

Pero esto, naturalmente, será una Historia que nos relatará el porvenir.

Santiago, diciembre de 1975.

²⁰ Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N° 64, 1.º semestre de 1961, pág. 79.

²¹ Lucien Febvre: *Combates por la Historia*. Ariel, Barcelona, 1970, pág. 24.

Mensaje orienta al cristiano de hoy, regale una suscripción